

que con propiedad puede llamarse imprimir nuestros conceptos espirituales en una superficie corporea, como puede discurrirlo cada uno, no se hace pegando, ó imprimiendo en el papel nuestros mismos pensamientos, porque esto no es posible; ni tampoco se imprimen las palabras, porque no puede tener efecto que el sonido de una voz, ó el ayre modificado en que consiste la palabra, aunque sea, como lo es, una cosa material, pueda pintarse, ni dársele consistencia sobre un papel. Hácese, pues, esta maniobra maravillosa imprimiendo sobre el papel con buen orden, y concierto ciertas señales sensibles, y materiales, que llamamos *letras, ó caractéres*. Estos son para nosotros indicios, ó señales de las palabras, y las palabras son signos, ó bien de los conceptos intelectuales ajenos, ó propios.

Lo mismo sucede en la Algebra, y Matemática, que con varias líneas, números, y otras señales, que ha inventado la industria humana, nos pintan, y hacen en cierto modo sensibles tantos conocimientos, y verdades ocultas espirituales, y intelectuales. Además de esto, nosotros mismos por medio de las palabras que pronunciamos, llevamos, y como que transportamos á la fantasía de quien nos escucha los conceptos de nuestra mente, y del mismo modo recibimos en nosotros, ó en nuestra fantasía los de aquellos que nos hablan: de modo, que todo este mutuo comercio se tiene, y mantiene por medio de signos, ó señales sensibles, que estampadas en nuestra fantasía, dan á conocer á nuestra alma las cosas insensibles, y espirituales, significadas por ellas.

Finalmente, después que allá en nuestro interior meditamos, ó formamos los pensamientos, ó racionios, y otras imágenes abstraídas, y separadas de toda materia, nos servimos de las palabras; no ya de las externas, y pronunciadas, sino de las internas, que conservamos en el depósito de nuestro entendimiento, grabándolas después en la fantasía; y son las señales ma-

te-

teriales que indican, y hacen recapacitar á nuestra alma quanto habíamos ántes pensado. Esto nos persuade suficientemente á que juzguemos, que no obstante que la fantasía, ó cerebro humano solamente reciban imágenes sensibles, y materiales; con todo, atendida su configuración, ó variedad de senos, ó receptáculos, puede también recibir, y conservar las imágenes de los pensamientos, y de otras nociones espirituales: no porque estas se peguen, digamoslo así, á la masa corporea del cerebro, sino porque en él se imprimen aquellas señales, ó caractéres materiales, que registrados, ó leídos después por el alma misma, la representan, y hacen conocer todo lo espiritual de que ántes fueron indicantes, ó signos.

De hecho sucede, que luego que la fantasía se amodorra, y entorpece, ó bien por el mucho vino, ó por alguna enfermedad, vemos que juntamente con ella se desconciertan, así las imágenes corporeas, como las espirituales, que se hallan juntas en nuestra cabeza. Ahora, quando esto sea verdad, como para mí lo es, se sigue ser superfluo, que para las imágenes del reino intelectual del hombre se ponga un receptáculo diverso de la fantasía hasta aquí explicada, y que se le llame *memoria*, bastando para conservar las imágenes, así corporeas, como espirituales, la fantasía misma, que está repartida por todo el cerebro del hombre. Y aunque no admite duda alguna que tenemos memoria, esto es, que nos acordamos de las cosas recogidas en nuestra imaginación (después diremos el como), con todo, no es necesario admitir esta memoria por una de las facultades esenciales, y potencias del alma. Las potencias primarias, y como maestras del espíritu humano, son dos solamente: el *entendimiento*, y la *voluntad*, ó sea el *pensar*, y el *querer*. Pues por lo que toca á las almas separadas del cuerpo, ellas conservarán el conocimiento de Dios, y de sí mismas, y en el mismo Dios leerán lo que les convenga para entender las

372-50

cosas puramente espirituales, y si á Su Magestad agrada tambien las corporales, y materiales de este mundo. Fuera de que no le faltan modos, y medios al Supremo Artífice para hacer que las almas separadas de la materia, conozcan, se acuerden, y puedan comunicar sus pensamientos á otras almas, como creemos que lo hacen los Angeles.

§. VII.

Fabricado por Dios, y entendido por nosotros este prodigioso depósito de la fantasía humana, que en tan corto espacio, como es el de nuestro cerebro, encierra un número sin número (y todo por lo comun bien ordenado, y distinguido) de imágenes, que representan no ménos las cosas materiales que las espirituales, y están muy bien ordenadas no pocas veces; es necesario el admitir una potencia que mande en este pequeño reyno, y lo gobierne mediante su influxo. De hecho, nosotros hallamos dentro de nosotros mismos, esto es, en nuestra cabeza, una fuerza, ó impulso, que á su modo va considerando, y juntando estas imágenes; y esto es lo que llamamos *pensar*, *entender*, *juzar*, y *raciocinar*. Nosotros conocemos, y ademas conocemos tambien, que conocemos, juzgamos, y pensamos. El conocer, y el querer nunca pueden ser qualidades, ni afecciones de la materia, como ni tampoco el dar principio al movimiento; porque la materia no se mueve por sí quando no es movida, y por esto el hombre advierte, y percibe dentro de sí mismo una facultad, ó potencia para comenzar el movimiento, y para suspenderlo quando quiera, sin dependencia alguna de la materia. Es cierto que la materia por sí misma jamas puede ser un principio activo, ni mover á otros, quando ella no es movida; y mucho ménos puede entender por sí sola.

Ademas de esto percibimos tambien una fuerza, ó potestad, que desde nuestro gabinete interno manda como, y quando quiere á toda la máquina artificiosa de

de nuestro cuerpo, y del mismo modo suspende el movimiento comenzado: ella medita con atencion una cosa, y quando quiere la dexa, y medita en otra: ella quiere, y apetece un objeto, y huye, y se aparta de él segun su gusto, y esto es lo que llamamos *querer*. Ahora una potencia como esta, segun la opinion de todos, y los mas nobles Filósofos antiguos, y modernos, por las razones que todos alegan, y lo que es mas, por la infalible autoridad, y revelacion de Christo Señor nuestro, es el *alma racional*, substancia espiritual, substancia inmortal, y por la que los hombres se acercan á los mismos Angeles.

Yo dexaré aquí que otros investiguen, y disputen si la Filosofía puede, ó no llegar á demostrar con argumentos convincentes, que llaman *à priori*, este punto tan relevante. A nosotros nos debe bastar el saber, que así como por los efectos conocemos clara, y evidentemente que hay un Espíritu Omnipotentísimo, Criador, Dueño, y Director de todas las cosas; así tambien por los efectos podemos comprehender bastantemente la existencia, y verdad de estos espíritus, que están unidos al cuerpo humano, que son criaturas, y siervos de aquel Espíritu Criador, que se llama *Dios*. Así lo entendió un Gentil, esto es, Ciceron, quando en su primera Tusculana dixo: *Mentem hominis quamvis eam non videas, ut Deum non vides, tamen Deum agnoscis ex operibus ejus: Sic ex memoria rerum, & inventione, & celeritate motus, omnique pulchritudine virtutis, vim divinam mentis agnoscito*. Aunque no veas el entendimiento humano, así como tampoco ves á Dios, y con todo conoces por sus obras á este Señor; del mismo modo por la memoria, por la invencion, y presteza del movimiento, y por la hermosura de toda virtud, debes conocer la divina fuerza del entendimiento.

El pensar, el entender, el raciocinar, el abstraer, el prescindir, el conocer las causas, y relaciones de las cosas, y otras admirables operaciones de nuestro

en-

entendimiento, que llegan á penetrar, y discernir los maravillosos secretos de la Algebra, de la Geometría, de la Metafísica, y de la Teología, todas son cosas de que no puede ser artífice, y causa ni el cuerpo, ni la materia. Y aun quando queramos admitir algun principio, ó como vislumbre de discurso en los brutos, eligiendo de estos los mas advertidos, y sagaces, hay tan notable diferencia entre estos, y el hombre, que no se halla la mas leve proporcion. Aun quando esta comparacion entre los brutos, y el hombre pretenda esforzarse, mas presto vendria admitir en cierto modo la subsistencia del alma de los brutos despues de muertos, que negar la subsistencia, é inmortalidad del alma racional separada de su cuerpo. Y quanto no aparece que se eleva sobre la naturaleza de los cuerpos la naturaleza del alma, si consideramos que ella está dentro de nosotros como un Príncipe absoluto, cuya voluntad está exenta de que la violente alguna fuerza interna! ni hay causa externa superior, ó predominante, que la necesite, y obligue, porque siempre está en la libre potestad del alma el comenzar, y suspender el movimiento, y curso de sus pensamientos, el obrar, ó no obrar, el elegir, ó no elegir, el amar, ó no amar.

Este gran principio, que á costa de una ligera reflexión siente, y conoce cada uno dentro de sí mismo, por el qual obra, y está dispuesto á obrar con consejo, con razon, y siempre por algun fin que se propone, puede ser una prueba sufficientísima de que ademas de nuestro cuerpo hay dentro del mismo otro morador de mas alta esfera, que vive, obra, y manda con leyes, fuerza, y manera diversas totalmente de las que tiene la materia sola, incapaz por sí misma de semejantes operaciones, el qual puede discernir, y distinguir con ideas claras el bien del mal, lo verdadero de lo falso, y lo hermoso de lo feo. Supongamos que Dios en este instante criase un espíritu (ya que ningun Filósofo de juicio niega la posibilidad de semejantes espíritus), y lo

lo uniese á un cuerpo organizado como el nuestro; ¿por ventura podria este espíritu hacer mas que hace nuestra alma? Considerando, pues, nosotros lo que hace, ó puede hacer nuestra alma, debemos consiguientemente juzgar, que ella no es materia, ni modificacion de esta, sino un espíritu, ó substancia espiritual. Si es substancia espiritual, se infiere legítimamente, que tambien es inmortal; porque atendiendo á las leyes ordinarias de la naturaleza, ninguna de las substancias, que ha criado Dios, se aniquila jamás, ni aun la misma muerte del cuerpo aniquila de ninguna manera al mismo cuerpo; quítale solamente la union que tenia con el alma, y sus diversas modificaciones, que son solo accidentes, pero permanece su substancia como ántes.

§. VIII.

LA propia, y principal habitacion del alma racional se halla en nuestro cerebro, como ya hemós dicho: aquí es donde ella exerce (bien que no sepamos el modo, por lo ménos yo lo ignoro) todas las acciones propias suyas, quales son las espirituales; y ademas, de órden suyo, ó por su imperio, otras muchas materiales, segun la dependencia que de ella tiene el cuerpo mientras dura la union de entrambos. Ella es la que percibe todas las sensaciones que se hacen dentro de nosotros mismos, y conoce las imágenes de los objetos luego que llegan al cerebro. Fué ciertamente una ingeniosa observacion la de Publio Mimo, que floreció en el siglo de oro de la latinidad, quando dixo:

Coeci sunt oculi, quum animus alias res agit.

Quando el alma está fixa en algun pensamiento (que es con propiedad lo que llamamos *abstraccion*), entónces ni ven los ojos, ni los oidos escuchan, porque el amo de la casa no dá audiencia á los objetos externos en aquella hora. Esta misma alma es la que repasando las imágenes que ha recibido, considera sus for-

formas, y qualidades, descubre sus relaciones, y contrariedades. Ella es la que junta á un mismo tiempo imágenes inconexas, y disparadas; y midiéndolas con las ideas, con las máximas, y reglas superiores de las cosas, descubre si son conformes, ó disconformes: esto es, descubre lo verdadero, ó lo falso: lo bueno, ó lo malo: lo feo, ó lo hermoso; y lo que aun es mas, de estas imágenes, ó ideas que ha juntado, forma, y deduce nuevas imágenes, y conocimientos intelectuales, y fabrica sentencias, y conceptos puramente espirituales, y hace otras admirables operaciones, elevándose en ellas sobre todo lo que es materia, y sin que los sentidos cooperen en manera alguna. Todas estas operaciones del entendimiento humano se forjan, y fabrican en el gabinete secreto de nuestro cerebro,

El vulgo ignorante juzga sencillamente que sus pensamientos lo enagenan, y sacan fuera de sí mismo. Parecele que se halla dentro de aquel cortijo, ó casa de campo de donde poco ántes se habia partido. Paséase por las calles de Roma donde habitó algun tiempo: contempla con gusto en aquella, ó aquellas personas que quiso bien, y habla con ellas como si las tuviera presentes; siendo cierto que el alma para todas estas operaciones no hace otro viage que el del cerebro, registrando las celdillas, ó aposentos, deteniéndose donde quiere para exâminar las imágenes de aquella, ó aquellas personas, que por medio de los sentidos se grabaron, y fixaron allí, cuya vista, ó registro hace en cierta manera que los objetos originales, aunque muy distantes de aquella casa, ú oficina, se pongan en su presencia: De manera, que aquel grande equipage que enriquece nuestra fantasía, ó cerebro, viene á ser como un libro, en el qual nuestra alma continuamente está leyendo, y no dexa de leer aun quando soñamos, moviéndose aquellas figuras, é imágenes que están allí recogidas de varios modos, y diversas maneras, causando unas veces placer, y gusto, otras pesadumbre,

y

y enfado: unas veces monstruosamente disparatadas, otras ingeniosamente dispuestas, y con un hilo de discurso tan seguido, y delicado, que se hace forzoso el confesar, que el alma no hace solamente el oficio de un simple miron en esta comedia de los sueños; sino que tambien hace de autor, no obstante que durante el sueño carezca del libre albedrío, que es la perfeccion mas noble, mas señorial, y esencial del espíritu humano.

Renato Cartesio es de opinion de que nuestra alma siempre piensa, y extiende este privilegio aun á los niños encerrados en el claustro materno. Mas aunque esta opinion pueda llamarse incierta, ó dudosa, ello es cierto, y lo experimenta todo el que sueña, que á veces soñamos cosas tan extrañas, que jamas han sucedido, ni nos han pasado por la fantasía; pero tan bien hiladas, y adornadas con agudas, y delicadas reflexiones, con dichos ingeniosos, sutiles malicias, y otras finezas de esta casta, que no pueden atribuirse solamente á la fantasía, sin que á ella se trasladen todas las facultades de nuestra alma. ¡O buen Dios, quantas cosas tenemos dentro de nosotros mismos, que nosotros no las entendemos! Pero en estas mismas tinieblas de nuestra ignorancia, se me hace bien perceptible, y entiendo yo, Señor, vuestro infinito poder, y sabiduría, que ha hecho cosas tan superiores á nuestro entendimiento, aun quando nos lisonjamos de saber tanto.

Pero si nuestra alma, ó nuestra mente influye en los sueños, y á ella se atribuyen las bellas telas que se texen muchas veces en nuestro cerebro quando soñamos, ¿de que proviene que los mas de los sueños sean tan quiméricos, y disparatados? ¿Y por que en aquellos que están bien ordenados, y en que hace buenas reflexiones, y discursos, y es el alma, no ya un mero paciente, sino tambien agente, de modo que á ella se atribuya la combinacion de varios fantasmas, y nueva formacion de otros, que jamas se imprimieron en la fantasía, es sin embargo cierto, que en aquel punto se halla

pri-

privada de la libertad; que es un requisito esencial, y necesario para la moralidad de las acciones humanas? Este, y otros argumentos pertenecientes á la materia de los sueños habia yo propuesto al célebre Filósofo de nuestro tiempo Don Thomas Campailla, Siciliano, como materia digna de sus profundas meditaciones filosóficas: tenia él tambien asunto en tratar de esto mismo; pero acaso las miserables turbulencias de nuestra Italia le han impedido el pensar mas en esto, y á mí el recibir sus ilustraciones sobre esta materia.

§. IX.

Hemos dicho que el cuerpo para muchas de sus operaciones depende del alma: no hay en nosotros cosa mas notoria, y sabida, que el imperio con que la voluntad, ó el alma del hombre manda á los demas miembros del cuerpo el que se muevan, ó dexen de moverse, y reposen, y la prontitud con que estos obedecen, quando no hay algun impedimento extraño que los estorbe el obedecer prontamente. Ahora conviene añadir (para entrar en el argumento, y asunto que nos hemos propuesto), que tambien nuestra alma depende del cuerpo para exercer muchas de sus operaciones. Algunos sabios Filósofos han dudado de la verdad de aquel proverbio Aristotélico: *Que nada hay en el entendimiento humano, que primero no haya pasado por los sentidos*; pues como ya hemos dicho se hallan muchísimas nociones, conceptos, é ideas puramente espirituales, que el alma propiamente no las ha recibido de los sentidos. El tratar nosotros de Dios, del espíritu, ó del entendimiento humano, no se hace de otro modo que con pensamientos, y conceptos, que ciertamente no provienen de los sentidos, ni del reyno fisico; pues son superiores á toda materia, y separados de toda idea corporea; y por tanto en las Escuelas se llaman estos conceptos *Metafisicos*.

De aquí es, que hablando San Agustin en el tratado que

que hizo del espíritu, y la letra de aquel que quiere conocer la esencia de su alma, dice así: *Removeat ergo à consideratione sua omnes notitias, quae per corporis sensus extrinsecus accipiuntur. Quae namque corporalia sunt eorumque similitudines, sensus, & imaginationes in memoria infixae, quum recordando reminiscuntur ad exteriorem hominem pertinent.* El que intentase conocer su alma, debe apartar de la idea que forma todos los conocimientos que se reciben por medio de los sentidos exteriores. Porque todas aquellas imágenes que provienen de los cuerpos, sus trazas, sensaciones, semejanzas, é imagines, los vestigios, ó señales impresas en la fantasía, quando ocurren á nuestra memoria por medio de reminiscencia, todas, todas pertenecen al hombre exterior.

No se puede negar que esta sentencia comun de los Peripatéticos está sujeta á gravísimas dificultades; mas con todo es constante verdad que nuestra alma depende de los sentidos para aprender, y conocer el dilatado campo de los objetos físicos, que no conocería por sí sola. Tambien es verdad, que sobre las imágenes que ella recibe por la mediacion de los sentidos, forma, y puede formar innumerables conceptos, juicios, y discursos, que sirven, ó pueden servir para la vida animal, y moral del hombre. Finalmente es muy cierto, que por medio de los sentidos, como la vista, el oído, y otras señales materiales, aprende, ó puede aprender, y formar nuestra alma un infinito número de noticias, y conceptos espirituales de otros hombres, siendo este el modo de comunicarnos los unos á los otros nuestros pensamientos, y el mas comun de aprender las ciencias, y artes, y de consiguiente tiene necesidad el alma de los espíritus que llaman animales, ó nervios; esto es, de los órganos del sentido, para conducir por su medio las imágenes de los objetos, y movimientos de los cuerpos al cerebro; y aun mayor necesidad tiene del cerebro mismo, donde van á colocarse, y fixarse las

Tom. I.

D

pinturillas (sea lícito llamarlas así) de los cuerpos que entran por los sentidos; porque, como hemos observado poco ha, el alma imprime en la masa del cerebro, y conserva allí las señales de aquellos conocimientos, juicios, racionios, y sentencias, y de otros conciertos, y pensamientos espirituales, ó que ha recibido de fuera, ó que ha bien formado por sí misma en su interior tribunal.

Todo esto conviene confesarlo, y aun podríamos aquí aplaudir, y ensalzar quanto quisiéramos nuestra alma racional, llamándola por su dignidad reyna, y señora del hombre, y al cuerpo un baxo ministro, ó por mejor decir un vil siervo; pues á la verdad no desdice este language quando se habla comparando el espíritu con la materia, la criatura inteligente, y agente con la puramente corporea, y pasiva. Y á la verdad, ¿que cosa seria un Rey de unos Estados muy dilatados, aun provisto de algun Ministro, y Consejero, pero sin criados, ni súbditos? ¿A quien mandaria él en este caso? ¿Quien se emplearia en el tráfico, y comercio, y cultivaria la tierra para alimentarlo? ¿Quien tomaria las armas para defenderlo, y quien le pagaria los tributos? En una palabra, ¿quien se afanaria continuamente para su custodia, sus placeres, y comodidades? Pues otro tanto puede decirse de nuestra alma respecto del cuerpo. El Supremo, y Sapientísimo Artífice ha unido con estrechísimo lazo estas dos diversas substancias, para que de ellas, así unidas, resulte aquel maravilloso compuesto, que se llama *hombre*; y que haya entre las dos una mutua dependencia, aunque las excelencias, y nobleza del alma exceda lo que es indecible á la del cuerpo.

CAPITULO III.

Como las costumbres del hombre puedan de algun modo depender del cuerpo, segun la varia disposicion de su cerebro, ó cabeza.

§. I.

SUpuestos estos principios, que dexamos ya insinuados, pasemos á declarar en que manera las costumbres del hombre, y sus operaciones morales puedan de algun modo depender del cuerpo, aunque sea cierto, y constante, que el alma sola es su propia causa eficiente. Basta para esto el tender la vista por la inmensa república del género humano, que al presente compone el mundo (por no hablar del ya pasado), para que conozcamos muy presto una diversidad considerable de los innumerables modos, y maneras que hay entre los mismos que componen este dilatado pueblo, siendo de una misma especie. Esta asombrosa variedad de inclinaciones, de pasiones, de fuerzas, de modos de vida, de acciones, y cosas semejantes, debemos confesar que es un perpetuo elogio de la riqueza, y sabiduría de Dios, el qual queriendo fabricar este mundo que habitamos, y conocemos bellissimo, y graciosísimo, quiso tambien que una de sus principales hermosas prerogativas fuese la diversidad de objetos, y de aspectos, que lo adornan, y hermosean. Séame permitido el tocar segunda vez este punto, para excitar la vituperable pereza de nuestros entendimientos en admirar las obras de Dios, y en conocer al mismo Señor en ellas.

Ciertamente que si en un Palacio Real no se viesen mas que muebles, y adornos todos de un mismo género, y hechura, aunque fuesen excelentes: si en su jardin se hallasen solamente árboles, flores, y verduras de una misma especie, entonces todo se reputaria por escasez,